cuadernos de la economia mundial

editan:

GREGORIO GUERRA
JULIO WALTON
GERARDO ORTUZAR

la convulsion económica del mundo

por Paul Louis

Supercapitalismo, por Hubert Lagardelle. - La crisis económica alemana, por Marin Civera.— El Plan Quinquenal, por Arturo Labriola. — El Problema Chino. — Notas.

N.° 3

SANTIAGO 60 cts.
PROVINCIAS 80 cts.

M. C. R.

cuadernos
de la economía mundial

santiago de chile
casilla 3585
teléfono 89579

AÑO I N.o 3

BIBLIOTECA NACIONAL · SECCION CHILENA · CHILE

la convulsión económica del mundo

Las luchas internacionales de hoy día corresponden a antagonismos económicos. La anarquía, los titubeos, los bruscos cambios que se manifiestan en la política, se observan también en la economía. Querer realizar la concordia entre los Estados por las vías diplomáticas mientras se disputan los mercados, las fuentes de materias primas, las grandes líneas de comunicación, es alterar el orden de los factores. ¿Cómo no van a armarse estos Estados unos contra otros, si levantan barreras aduaneras, si cierran sistemáticamente sus territorios a las importaciones y procuran arruinarse recíprocamente? La guerra económica engendra lógica y forzosamente la otra. Cuando Briand ha propuesto a las potencias europeas federarse entre sí, para conjurar todo conflicto sangriento en el preciso instante en que aumentaban sus tarifas aduaneras, ignoraba, o fingía ignorar, las condiciones actuales de vida de los pueblos.

Los Estados se hallan dominados hoy por oligarquías industriales cada vez más estrechas. Los mercados tienden a internacionalizarse. Cada país, sea Inglaterra o Bélgica, Alemania o Francia, aspira a colocar sus artículos manufacturados en toda la extensión de las tierras habitadas. Los países productores de cobre, de algodón, de caucho, de café,

buscan clientes en todos los continentes. Se establecen cotizaciones mundiales para las materias primas y para los productos agrícolas, para el acero y metales. Este es el fenómeno capital del último siglo transcurrido en el dominio económico.

Las oligarquías reinantes en cada país tan pronto se entienden entre sí para fijar las cotizaciones o regular la producción, y por lo mismo, para defender sus intereses contra la masa de los consumidores, como rompen estas relaciones y se encierran en las fronteras nacionales, acaparando, mediante grandes derechos de aduana, el mercado interior. Se da incluso el caso de que por un lado llegan a un acuerdo y por otro ejercen presión sobre el Poder de sus respectivos países, para obtener nuevos aumentos de las tarifas fiscales. Las contradicciones económicas del régimen actual son innumerables. En unos cuantos meses, la actitud de las oligarquías industriales cambia por completo; de una política de internacionalización saltan a una política de rígido nacionalismo; pasan de la apertura de los mercados a su clausura del proteccionismo a una libertad relativa en el cambio y viceversa. En un mundo desordenado en el que se desencadenan las codicias sin ninguna limitación, en el que cada cual aspira a enriquecerse en seguida y a cualquier precio, no puede haber método. Sólo un hecho es incontestable, y es que la producción de cada país influye en la de todos los demás, y ninguno de ellos puede practicar un aislamiento absoluto.

Al concluirse la guerra se ha visto cómo se formaban cartels nacionales e internacionales, cuya envergadura superaba notablemente a la de las fusiones similares de principios del siglo. El cartel del acero que comprendía en 19[illegible] las industrias de Francia, Alemania, Bélgica, Luxemburgo y el Sarre, se amplió en 1927 con las de Checoeslovaquia, Hungría, llegando a abarcar las tres cuartas parte de la producción europea y la tercera para de la producción mundial (téngase en cuenta la enorme potencia de la metalurgia americana). En 1926, se creó asimismo el cartel franco-german

suizo del aluminio. Dos años después se formaba el cartel franco- alemán de la potasa.

Pero, en realidad, por vastas que sean estas concentraciones de fuerzas, nunca llegan a abarcar la totalidad de las energías de primer orden. Podemos observar que América e Inglaterra han quedado fuera del cartel del acero.

Quiere decir que, prácticamente, estas alianzas de las oligarquías económicas se asemejan a las alianzas entre cancillerías que van dirigidas siempre unas contra otras. En este caso los cartels tienden a debilitar a las oligarquías que no han querido o no han podido ingresar en ellos. Pero existe otra semejanza que conviene sacar a luz. Las alianzas diplomáticas presentan una extraordinaria inestabilidad a través de los siglos. Francia e Italia, que han estado unidas de 1914 a 1918, distan mucho hoy de mantener relaciones cordiales. Italia y Yugoeslavia, que lucharon en el mismo campo contra la Monarquía habsburguesa, se arman la una contra la otra. Los cartels económicos son igualmente precarios. No nacen de un programa a largo plazo, sino de una coincidencia momentánea de apetitos y de intereses, y después de una brusca ruptura pueden ser sustituidos por implacables luchas. Incluso pueden estar llamados, como ocurre en caso de crisis, para atacar a aquellos de sus miembros que violan el contrato inicial. Sería, pues, hacerse ilusiones creer que pacifican las relaciones entre los Estados. Realizan alternativamente el aflojamiento y la tensión. Son por naturaleza frágiles y caóticos, como toda institución del mundo capitalista.

* * *

En la etapa en que vivimos, el proteccionismo es la ley suprema. Coincide por doquiera con un despertar, de los sentimientos nacionalistas. Las burguesías dominantes excitan a las masas populares de cada país contra las masas populares del país vecino. Se asustan en presencia de los ciclones económicos que con intervalos regulares sacuden al viejo

y al nuevo mundo. Como no pueden organizar la producción y el cambio en este globo ,en el que reina por definición la anarquía industrial, agrícola y comercial, recurren a la solución que menos esfuerzo mental requiere; se dedican a monopolizar el mercado interior.

Durante la guerra habían agravado ya el proteccionismo, alegando que ciertas fabricaciones eran indispensables para la defensa nacional (tal fué el origen de las leyes de salvaguardia del otro lado de la Mancha) y que era necesario retener todo el numerario posible para contener la caída de la divisa. Terminada la guerra, se encontró cómodo proseguir esta misma política, aun cuando fuera contraria a toda lógica. No se tenía en cuenta que implantando grandes aranceles se provocaban represalias, que restringiendo el comercio internacional resultaba perjudicado uno mismo, que se provocaba la restricción de los recursos y de las posibilidades de consumo de las masas trabajadoras y, por consiguiente, se paralizaba el desarrollo de la riqueza pública. El proteccionismo no fué sólo la doctrina de los países pobres que tenían todo por crear o por rehacer en sus territorios. Prevaleció, sobre todo, en el país que había llegado a convertirse en el más opulento de la tierra, cuyo utilillaje mecánico había alcanzado el más alto grado de perfeccionamiento y de potencia y que podía hacer ventajosamente la concurrencia a todos los demás: en los Estados Unidos. El Gobierno de Washington pensó que podría vender todavía más en el exterior, **limitando su propia importación. Incurría en un error, porque los productos se pagan con productos** y porque no se contentaba con buscar clientela para sus cereales, sus cobres, su algodón y sus máquinas, sino que esperaba también de la mayoría de los grandes países manufactureros de nuestro continente, la devolución de los préstamos que les había hecho. ¿Y cómo podía recuperar las sumas prestadas por él con sus correspondientes intereses, si se esforzaba por parapetarse contra la entrada de los productos de sus deudores? Sin embargo, ninguno de los presidentes

de los Estados Unidos ha reconocido la falta cometida. Hoover persevera todavía hoy en ella, siendo así que la gran República atraviesa una de las más graves crisis de su historia y se encuentra con un número de obreros sin trabajo que se eleva de seis a diez millones, según los cálculos más autorizados.

El ejemplo de los Estados Unidos fué imitado por los demás Gobiernos. ¿Cuál no tendría buenos argumentos en que apoyarse?

Francia tenía que pagar fuertes anualidades a Inglaterra y América, que le habían prestado decenas de miles de millones durante la conflagración.

¿Cómo lograrlo de no defender sus productos manufacturados contra los de la Unión, la Gran Bretaña, Suiza, Italia, etc., y sus trigos contra los de Rumanía, Rusia, etc.?

Alemania tenía que ejecutar el plan Dawes y después el plan Young. Proclamaba que no tardaría en ser insolvente, si no compensaba el aumento de su coste de producción con aranceles casi prohibitivos que le garantizaran la posesión de su mercado interior. Y así, se lanzó de cabeza en el proteccionismo. Por lo demás no había esperado a este período de la postguerra, y las razones que encontraba en las reparaciones para agravar y superagravar la entrada de los artículos de toda índole eran artificiosas.

Los Estados secundarios se vieron obligados a seguir el ejemplo de América, Francia y Alemania. La ola proteccionista invadió ambos mundos. Las resistencias librecambistas que se habían afirmado antaño, con la época del triunfo del libre cambio (que coincidió con el segundo tercio del siglo XIX), cedieron por todas partes. Eran juzgadas pueriles, anticuadas, irrisorias, y el caso de Inglaterra resulta típico a este respecto.

Inglaterra había sido la patria de la libertad económica. Su escuela de Manchester había elevado su máxima del "dejad hacer, dejad pasar" a la altura de un principio intangible. Cobden y Bright habían sido los sumos pontífices del

nuevo dogma. Practicando el liberalismo industrial y comercial con una especie de fanatismo obstinado y a riesgo de arruinar y destruir su agricultura, la Gran Bretaña había conquistado la supremacía en los productos textiles y metalúrgicos, elevando su comercio a un nivel inesperado.

Sin embargo, el libre cambio manchesteriano había sufrido duros ataques en las postrimerías del siglo XIX, cuando América y Alemania desarrollaban su producción industrial y se dotaban de un utillaje superior. La concurrencia germánica fué denunciada con una vehemencia excepcional por los primeros apóstoles del imperialismo británico que soñaban ya con una federación imperial con la ayuda del proteccionismo restaurado. José Chamberlain fué el más famoso de ellos. Pero el libre cambio estaba tan arraigado en la mentalidad y en la política inglesa desde el comienzo de la era victoriana, que salió triunfante de todos los ataques. En la base de todas las concepciones gubernamentales subsistía la tesis de la vida barata. En ello se veía a la vez que un medio de defensa contra el empuje obrero, más sindical entonces que socialista, un medio de conquista de los mercados.

Las ideas de gran parte del pueblo inglés han cambiado en el curso de los últimos años. Su evolución se ha efectuado bajo la presión de una crisis económica casi sin precedentes. La Gran Bretaña ha visto disminuir a la vez sus exportaciones de carbón y sus salidas de productos manufacturados. Por diferentes razones (inferioridad de su actual utillaje, desarrollo de las industrias extranjeras y coloniales, dominio financiero de los Estados Unidos en vastos sectores del globo) su comercio exterior ha retrocedido considerablemente. Numerosas fábricas han tenido que cerrar sus puertas. El número de los obreros sin trabajo ha pasado nuevamente, como hace nueve años, de los dos millones. Y un hecho no menos característico es que se ha formado del otro lado de la Mancha, un ejército de reserva permanente de obreros sin trabajo, es decir, que la crisis, en vez de ser transitoria como otras muchas que la habían precedido, se ha presentado con caracteres crónicos.

El partido conservador aprovechó esta situación para predicar el abandono del libre cambio. Dábase cuenta de que si no oponía una fórmula a la de la nacionalización que enarbolaba el laborismo, se vería aplastado. Por otra parte, sus jefes, o eran grandes industriales que se encontraban sumidos en dificultades personales o dependían de la gran industria que se iba convirtiendo al proteccionismo; éste había sido manchesteriano mientras el manchesterianismo le había resultado beneficioso, pero reclamaba el retorno a la protección, si no a la prohibición antigua, en cuanto se veía aventajada en los mercados exteriores y tenía que recuperar a modo de compensación el mercado interior. El voto de las leyes de salvaguardia le aseguraba, por otra parte, una base de operaciones, ya que se proponía mantener estas leyes y generalizar su alcance. El partido conservador siguió dócilmente el rumbo que le sugerían los amos de las fábricas.

Primeramente, se mostró circunspecto, pero poco a poco fué tornándose audaz. Si el partido liberal, cuya influencia ha disminuído notablemente, seguía siendo manchesteriano, el partido laborista, en su conjunto se dividía. Una fracción importante de los laboristas, los que representaban a las regiones más efectadas por la crisis industrias y por el paro, se inclinaban por un proteccionismo mesurado. Es decir, que aceptaban los aranceles para ciertos artículos manufacturados, aunque combatiéndolos para las materias primas y para los artículos agrícolas. Esta tendencia se manifestó claramente en la conferencia tradeunionista de Nottingham, celebrada en septiembre de 1930, que aprobó por una mayoría de 450,000 votos un informe significativo del Comité general. Este informe preconizaba un acuerdo con los dominios para una defensa económica recíproca, subsistiendo el libre cambio para las relaciones en el interior del imperio. La cuestión de la federación imperial estaba ya planteada.

Habíanla sacado al primer plano de las polémicas de Prensa los conservadores de la metrópoli. Su sueño era dar a la industria inglesa el monopolio de los mercados canadiense, austrialiano, sudafricano e hindú, obteniendo de los

Gobiernos coloniales aranceles preferentes. Metrópoli, dominios y colonias propiamente dichas hubiesen formado un bloque federal, una especie de mundo cerrado. Las partes de este mundo se hubiesen relacionado más o menos libremente entre sí. Su aprupamiento hubiera sido defendido contra la afluencia de los productos exteriores con una muralla aduanera. Pero los conservadores no estaban, en realidad, de acuerdo respecto a la fórmula que debía adoptarse. Para el grueso del partido y los jefes oficiales como Stanley Baldwin, el gravamen de entrada no debía afectar sino a los productos manufacturados. Lord Beawerbroke y lord Rothermeere, que habían creado la organización del Imperio Unido y que disponían de numerosos periódicos, pedían más: un gravamen no sólo de los productos manufacturados, sino también de las materias primas y de los productos agrícolas. De este modo se podrían satisfacer las exigencias de los dominios que venden, sobre todo, cereales, lanas, carnes y metales, y que a cambio favorecerían la importación de los artículos manufacturados de la metrópoli. En efecto, cuando en octubre de 1930 los primeros ministros del Canadá, de Australia, de Nueva Zelanda, etc., expusieron sus puntos de vista en la conferencia de Londres optaron por un proteccionismo, no limitado, sino federal, que Stanley Baldwin acabó por aceptar con algunas reservas.

Si la federación imperial llega a constituirse, pese a la resistencia de los liberales ingleses y de un sector de los laboristas, veremos alzarse un bloque aduanero de 450 millones de seres humanos contra otro bloque aduanero, el de América del Norte. Estos dos bloques lucharán con energía el uno contra el otro. Ambos, con el régimen instaurado, demostrarán los enormes progresos realizados por el proteccionismo en el universo. El mundo británico y los Estados Unidos (que constituyen también un mundo) determinarán la aparición de otros bloques aduaneros o el fortalecimiento automático del proteccionismo a través de los continentes. La guerra económica será intensificada a ultranza.

Dejemos a la federación imperial, que está todavía en

disensión. Los aranceles americanos han sido elevados el 1 de julio de 1930. En la nomenclatura de los aumentos figuran 1.122 artículos de 3.215. Se calcula que inmediatamente los ingresos fiscales aumentarían en 2.500 millones de francos. El Canadá, cuya frontera con la Unión tiene miles de kilómetros, era el primer perjudicado con esta elevación de los aranceles. Las elecciones que en aquel preciso instante se celebraron en este país dieron un triunfo resonante a los ultraproteccionistas. Y éstos, que apartaban a los liberales del Poder, elaboraron precipitadamente un arancel de represalias. Las repúblicas del Centro y del Sur de América, después de protestar contra el nuevo régimen del Norte, se dispusieron inmediatamente a adoptar medidas de restricción. Alemania, durante el verano, aumentó sus gravámenes sobre los productos agrícolas. Francia se le había adelantado. España revisó igualmente sus cifras. Toda Europa se movilizó.

Los países agrícolas de la Europa oriental que se decían humillados y explotados por los países industriales del Oeste y del Centro, tendieron a agruparse para protegerse y dar salida a sus productos con más seguridad. En agosto de 1930, Yugoeslavia y Rumania celebraron una conferencia en Sinaia. Pretendían formar el embrión de una federación de las potencias exportadoras de cereales. Mientras tanto, decidieron negociar con Checoeslovaquia, componente, como ellas, de la pequeña Entente, para intentar acaparar su mercado, prometiéndole, en cambio, aumentar la adquisición de sus productos manufacturados.

Por su parte, el Gobierno polaco tomó la iniciativa de una conferencia más amplia de los países agrícolas. Esta conferencia que se celebró a fines de agosto de 1930 en Varsovia, reunió a Polonia, Rumania, Checoeslovaquia, Hungría, Bulgaria, Letonia y Estonia. (1), es decir, ocho Estados correspondientes a cien millones de habitantes. Tratábase de suprimir una concurrencia ruinosa y de reorganizar de co-

(1) Rusia era dada de lado.

más acentúa la exportación de los productos de la tierra. Trataban, sobre todo, por la solidaridad que procuraba, crearse de luchar con armas más resistentes contra los grandes Estados industriales.

Se ha asistido, pues, por un lado, a un despertar universal del proteccionismo, y por otro, a la formación de bloques aduaneros o de cartels de potencias cuyas finalidades no están aún bien definidas. Por todas partes se ha exasperado el antagonismo entre las potencias aisladas o entre los grupos de potencias. Las tentativas que se han hecho para llegar a un desarme económico mundial o una simple tregua han sido estériles. Todo el mundo se daba cuenta de que la elevación incesante de los aranceles, la restricción de los mercados, la lucha por su conquista, contribuían tanto como los litigios territoriales y étnicos a alzar a los pueblos unos contra otros. Mejor dicho, eran las luchas industriales y comerciales las que avivaban las otras diferencias. Pero si bien la Humanidad ya no permanecía en la ignorancia de los hechos, si sus dirigentes momentáneamente reconocen que el incremento proteccionista encierra enormes peligros para la paz, ceden, sin embargo, a él, ya que tiene con una especie de automatismo de todo el aparato capitalista. La crisis de superproducción y de mala venta ha nacido del mismo desorden de la fabricación, y ha engendrado un refuerzo del proteccionismo que, a su vez, suscita el incremento de la crisis. Y sabido es el papel que han desempeñado en la explosión de los grandes conflictos las depresiones del estatuto económico y las acumulaciones de mercancías. Cuando las clases poseedoras se ven amenazadas por la ruina no retroceden ante ninguna aventura.

supercapitalismo

Por Hubert Lagardelle.

Se reprocha corrientemente con el epíteto de supercapitalismo a las formas más evolucionadas de la civilización industrial. Se trataría de un estado excesivo y como delirante de las fuerzas productivas, que romperían, por su [illegible]za, los cuadros normales de la economía. El abuso, en cierta manera monstruoso de la técnica, sería la causa primordial y no la accidental de la crisis.

He aquí, sin duda, una expresión cómoda para designar el avance histórico de los grandes países productores. Pero ¿se puede concebir un capitalismo más allá del capitalismo? Ni América, ni Alemania, que han llevado al vértigo el ritmo de la producción y provocado ocasionalmente el desastre, no han sobrepasado la medida, sencillamente porque no hay tal medida.

Sólo artificiosamente pueden aislarse las fases sucesivas de la economía. Todos los momentos están estrechamente ligados. Nadie tiene el derecho de detener el dinamismo capitalista en la meta que quienquiera haya forjado. Está muy lejos la producción yanqui o alemana de transponer una medida que no podría haberse establecido; por el contrario, ella es la expresión culminante del capitalismo.

¿A qué conclusiones prácticas llegan, por lo demás, estas recriminaciones gratuitas? ¿Será necesario destruir las inmensas adquisiciones y las prodigiosas conquistas del capitalismo americano y germánico? ¿Mataremos el espíritu de invención? ¿Le retorceremos el pescuezo a la técnica? ¿Para llegar — como lo proponía un sutil sociólogo — a las formas artesanas de la industria?

No, no, el capitalismo no puede dejar de ser capitalismo. Nada es menos libre que esta creación del liberalismo económico. Condenado a superarse siempre acrecentando momento a momento la producción, sufre la ley inexorable

de su propia necesidad. Bajo la presión implacable de las fuerzas económicas, siempre debe someterse a su riguroso precepto: crecer.

La racionalización de la producción y del cambio, y la libre concurrencia son las leyes orgánicas del capitalismo. No se concibe un jefe de empresa que no perfeccione constantemente sus métodos y su técnica. Según la fórmula consagrada el capitalista, forzadamente, debe obtener el máximum de producción con el mínimum de gastos en el menor tiempo posible.

Todo esto supone la organización científica del trabajo, la mecanización de los talleres, la concentración de empresas y la normalización (creación de tipos "standard") de los productos. De lo cual resultan apreciables economías de tiempo, de materia prima y de mano de obra, aumento cuantitativo de rendimiento, disminución consecutiva de los costos de producción y acrecentamiento paralelo de los beneficios.

Parecido progreso del utillage y de la técnica no es posible sino en industrias fuertemente organizadas. Las economías americanas y alemanas han podido, como resultado de las condiciones mismas de su desenvolvimiento llevar la racionalización de sus más grandes producciones a un punto extremo; en esta forma no han hecho otra cosa que obedecer la regla fundamental del capitalismo.

Lo que nosotros llamamos excesos nos parecen tales solamente porque sus proporciones inesperadas nos sorprenden. Lo juzgamos desmesurado, porque lo comparamos con un progreso industrial de ritmo menos intenso. En realidad, el progreso del capitalismo perfeccionado es el resultado lógico de una directiva que ninguna razón ni potencia pueden encadenar.

También el capitalismo ha puesto en juego la inflación del consumo. La mística de producir, el "productivismo" sistemático, que jamás se satisface ha debido mantener como contra parte una exitacion sin medida del consumo. Todos los medios han sido puestos en práctica para sobreex

las necesidades y provocar la demanda, no solamente se ha recurrido a la propaganda sagaz, a la circulación intensa de mercaderías, a la busca incansable de mercados, sino también a la elevación racional del poder de compra de las masas.

Combinado con la política de altos salarios, el crédito de consumo desmesuradamente practicado ha levantado el nivel de vida del hombre aumentando el anhelo de confort e incitado al derroche. El ahorro ha sido considerado como una verdadera traición a la prosperidad nacional.

El Presidente Hoover recordaba hace poco a sus conciudadanos el imprescindible deber de gastar la totalidad de sus rentas. Asimismo, en Alemania, un sistema completo de seguros sociales protegía a la casi totalidad de la población contra todos los riesgos de la existencia, haciendo inútiles las prácticas ahorrativas. Política doblemente hábil, pues, a la vez que aumenta el consumo, proporciona a la circulación monetaria un poder que de otro modo habría sólo aumentado la acumulación capitalista.

El mito de la prosperidad, optimismo de los períodos satisfechos, que ha sido el motor psicológico de yanquis y alemanes, era tanto más vivo, cuanto que la conquista del mercado exterior completaba la actividad del mercado interior. El mundo se inundó de productos americanos y alemanes; el comercio fué reforzado por amplísimos créditos, un movimiento ininterrumpido de expansión mercantil se inició; nada faltó para dar al mecanismo capitalista el más poderoso estimulante que jamás haya conocido.

Todo este colosal cadalso se ha hundido rudamente bajo el peso de sí mismo. Pero aún todavía en este desatentado desorden de la economía, el capitalismo alemán y yanqui se muestran insaciables, tratando de atrapar para sí el nuevo mercado consumidor de maquinarias: Rusia soviética. Sin duda, la más monumental paradoja de los extraños tiempos que corren, es el sostenimiento, por los estados capitalistas más afectados por la crisis, del Régimen revolucionario económico-social ruso. Es que hay que vender, cueste

lo que cuesta — en la agonía, los moribundos siempre de- [illegible] por recursos extremos — a fin de asegurar el funcionamiento de las usinas y el salario de millones de trabajadores. Productivismo sin prudencia, fatal e inexorable.

Todos los Estados, pretenden participar en la nueva lucha por la conquista del mercado ruso. Los magnates de la industria francesa, representados por lo más granado y respetable de su grupo, felicitaban, hace poco, calurosamente al Gobierno de haber reanudado las relaciones comerciales con la Unión Soviética. Y, de Inglaterra a Grecia, a Italia, a España, al Portugal, etc. ..., ninguna nación productora escapa a la imperiosa necesidad (1).

Otro tanto puede decirse de la formidable dictadura económica de las máquinas que se prepara. Los grandes capitanes de la industria preparan el más grande plan de explotación productivista colosal que jamás antes sus fantásticos cerebros habían concebido.

Llegamos, en consecuencia, a la conclusión, de que lo que se llama supercapitalismo, no es otra cosa que el estado de alta tensión de la producción moderna. Se nos preparan crisis verdaderamente catastróficas provenientes de la persistencia desconsiderada de la fuerza expansiva del capitalismo.

Y, sin embargo, es gracias a estas conquistas de la técnica, que sobre el montón de ruinas acumuladas, aparecen los elementos constitutivos de un orden nuevo que se basará, precisamente, en estas creaciones. Las grandes concentraciones industriales, las audacias desconcertantes del espíritu de invención, el ritmo furioso de la producción y del cambio, son precisamente los cuadros esquemáticos del nuevo mundo gobernado por el trabajo.

El problema, no es, pues, reprobar el supercapitalismo que se destruye a sí mismo, sino aprovecharlo. De indivi-

(1) También Chile, ha entrado a competir en la medida de sus fuerzas; numerosas gestiones se encaminan a obtener en [illegible] cambio de salitre por petróleo soviético.

dad, la economía, gracias a él se transformará en colectiva Social en sus fuentes, la producción será también social en su destino. Las pequeñas jornadas de trabajo, los momentos de reposado aislamiento que vuelven al hombre hacia su interior, los productos abundantes ofrecidos a su consumo dilatado, el viejo ideal de una sana existencia... todo se hará realidad por el milagro de las fuerzas productivas domeñadas.

Es una vil mentira que la máquina sea enemiga del hombre. La esclavitud que ella crea por la especialización del obrero; el aprovechamiento exclusivo que el capitalista hace mediante ella del esfuerzo humano acrecentando los beneficios del empresario productor y no del productor mismo; no son sino estados pasajeros, cuyo fin ya se vislumbra.

La máquina que viene en socorro del hombre no mata en él, como se ha dicho, las facultades creadoras. El perfeccionamiento de la máquina entraña día a día la educación del trabajador. Y si los hombres mecanizados, aniquilados en su personalidad, por las transformaciones técnicas, ello sólo se debe al capitalismo. Los productores son realmente hombres. Su carácter reside en las diferenciaciones propias del trabajo. El único hombre "standard" por definición y por principio, es el ciudadano de la abstracta democracia, concebido bajo un tipo invariable y uniforme, igual en todas las etapas de la vida social, creación ficticia por carecer de verdadero sentido vital.

Próxima o lejana, la sucesión del capitalismo impondrá a sus herederos ruda labor. Si las creaciones de una economía individualista exaltada deben servir de aporte para la edificación de una economía colectiva orientada, los nuevos constructores deberán estar capacitados para la nueva obra. A PREPARAR ESTA INMENSA LABOR DEBEN ESFORZARSE TODOS AQUELLOS QUE SIENTEN VENIR LAS HORAS DE PRUEBA.

Si bien es cierto que la nueva sociedad generada, no surgirá totalmente montada al simple golpecito mágico de

los hombres, se percibirán ya las instituciones que ligarán el mundo antiguo con el mundo nuevo. La vuelta al hombre real, que es el objetivo de la transformación que se propone, implica como condición previa la constitución de cuadros sociales que sirvan de eje para el movimiento a iniciarse.

¿Cuáles son estos cuadros? El productor, la región y el Estado.

El sindicato, expresión típica del productor, resultado de su agrupación espontánea, formará la base, ya que no se trata de un organismo de defensa inmediata, para unir en un solo cuerpo la masa difusa de trabajadores, sino que es el órgano primario de todo sistema coherente de producción y de cambio.

Por lo mismo que está ligado a la vida íntima de la economía, cuyas exigencias conoce perfectamente por sus luchas, puede aportar día a día sus aptitudes a la gestión común.

Dentro del sindicato no hay improvisación, pues sólo el largo aprendizaje es el que da la capacidad que exige la maestría de la producción. El sindicalismo, que hace converger en un punto al presente y al futuro, es el esqueleto natural de toda economía colectiva.

Después del oficio, que encasilla al productor en una categoría determinada de sindicato, el lugar en que vive es la condición distintiva del "hombre real". Las condiciones locales de la existencia determinan sus necesidades, sus gustos, sus posibilidades de rendimiento. Y la fuerza misma de las cosas, une estos aglomerados locales, de estructura e intereses análogos en grandes agrupaciones humanas que constituyen: las regiones.

El regionalismo, que significa la organización racional de estos vastos conjuntos homogéneos, forma el segundo plan natural de vida colectiva. Instituir la región, es dar al hombre, pertrechado ya de su oficio, toda la potencia de acción en el medio que lo rodea. Crear desde hoy, estos ce-

catos vigentes, autónomos y responsables, que valoraran las fuerzas materiales y morales, productos auténticos de la tierra, es construir una de las bases de la economía nueva.

En último plano, coordenando los grupos sociales y federando los centros económicos, un Estado apolítico, reducido a las funciones de control, de administración y de contabilidad es el llamado a encontrar esos puntos de equilibrio, por los cuales, la producción, y el consumo se armonizan.

Tal Estado, que reemplazará el Gobierno de personas, por la administración de cosas, nacerá de la descomposición del Estado actual. Libre de las piraterías de los partidos, de la impotencia del parlamentarismo y de la esterilidad de su naturaleza abstracta, el Estado futuro no será el enjambre parasitario que sofoca la vida social succionando para sí la sustancia y el jugo. Los días del Estado actual están contados...

Las épocas de decadencia son también de esperanza. Después del que muere, aparece el que nace. Los inmensos cambios que vienen, exigirán generosidades inmensas de voluntad y de sangre. Se trata nada menos, para el hombre que reconquistar sobre las cosas su realeza perdida.

Utilizado por la fuerza lúcida de la conciencia, el colosal aparato técnico del capitalismo, perderá su carácter mortífero. Por primera vez, los alumbramientos de la industria serán, según la palabra de Proudhon, las fiestas de la humanidad.

por la independencia econonónica de china

China ha tomado de repente una importancia insospechada para el gran público. Aunque está en lucha con el Japón se sabía ya del avance industrial y militarista de este país, bastante para considerarlo un elemento de primer orden en la política mundial. Pero China entra a su vez, aunque como actor comparativamente pasivo. Su pugna contra la invasión japonesa ha llegado a ser la pugna de casi todas las naciones árbitras del actual destino de todos los mundos. Vale la pena informarse si esa actitud obedece a una posición únicamente sentimental o ética, o a otras cosas bastante conocidas. Escarbemos un poco por el lado económico.

Durante estos últimos años, China ha sido visitada por varias misiones especializadas, que iban a efectuar indagaciones sobre el monto del capital extranjero invertido en el país. El informe del profesor Remer, ayudado por varios especialistas japoneses y británicos, permite concluir que la fortuna norteamericana colocada en China es de 200 millones de dólares, mientras los capitales ingleses y japoneses se elevan cada uno a mil millones de dólares. Se han registrado 574 firmas comerciales o industriales norteamericanas.

La influencia extranjera se diferencia geográficamente. La zona anglo-norteamericana se extiende sobre todo en la región de Shangai, mientras los japoneses concentran su actividad en Manchuria. El capital norteamericano se extiende fuertemente en los servicios públicos (compañías de electricidad, de telégrafos, de teléfonos, etc.). Los norteamericanos compraron en 1929 la Light and Power Cy. de Shangai y la Shangai Telephone Cy que estaba en manos de los ingleses. Una de las compañías extranjeras más poderosas es la ramificación de la British American Tobacco Cy, que la

invertido 20 millones de libras esterlinas en el país. Tan poderosa es, que ha eliminado completamente toda competencia china. Ha permitido al Kuomintang, con el pago anticipado de sus impuestos, realizar ciertos proyectos que el gobierno podía financiar.

El capital japonés es también políticamente muy activo. Las cantidades que habrían sido invertidas por el Japón pasarían de dos mil millones de yens. Unos mil cuatrocientos millones están colocados en empresas comerciales y en establecimientos industriales. Hay en China 890 empresas japonesas, 682 británicas, 319 alemanas y 181 francesas. La mayor parte del capital japonés está invertido en el ferrocarril de Manchuria del Sur y en sus minas de carbón que producen la mitad del carbón chino, y también en la industria textil, sobre todo en Shangai y en Dairen.

Se calcula aproximadamente en mil setecientos cincuenta millones de dólares el capital inglés, sin contar el colocado en las posesiones de Inglaterra. Los bancos ingleses tienen gran participación en esa colocación. El capital alemán se avalúa en unos cien millones de dólares.

Tal es la realidad. Podemos comprender ahora por qué las naciones árbitros de nuestro destino se oponen al establecimiento del poderío político japonés, y por qué no acepta el Japón la intromisión de las mismas. Por encima de los principios éticos y de los impulsos sentimentales que no han valido cuando las naciones "amigas" de China han conquistado colonias, haciendo peor que el Japón, está la defensa de los capitales invertidos. Pero éstos no son nada, comparados con la inmensa perspectiva que ahí se abre, con el Plan Decenal elaborado por el gobierno chino. Dicho plan abarca los siguientes puntos:

1) Construcción de puertos de comercio, de canales y vías férreas.
2) Desmonte de los inmensos terrenos agrícolas de las provincias del noroeste; organización del pastoreo y de la ganadería.

3) Mayor explotación de las minas y de las canteras.
4) Creación de una gran industria eléctrica.
5) Organización de fundiciones de hierro y acero.
6) Intensificación de la producción de materiales de construcción, ladrillos, cementos, etc.
7) Fabricación del material rodante y de las locomotoras.
8) Construcción de barcos de comercio y de pesca.
9) Fabricación de toda clase de vehículos de transporte: automóviles, camiones, motocicletas y bicicletas.
10) Destilación del carbón para utilizar sus subproductos.
11) Creación de una industria química.
12) Organización de la fuerza hidroeléctrica.
13) Fabricación del utillaje eléctrico.

El capitalismo mundial ve así abrirse un horizonte inmenso, una tabla de salvación de la que cada uno quiere prenderse. Tanto la banca como la industria de Europa y Norte América pueden colocar o emplear allí enormes recursos y encontrar una salida a la situación imposible en que se hallan. Ya en el siglo pasado, América salvó a Europa de una crisis segura, permitiéndole colocar su exceso de energías productoras. Hoy muchos economistas ven en nuevos mercados de Asia o África la solución del momento. El Plan Decenal chino es una oportunidad admirable.

Con mayor razón se oponen las otras naciones a una guerra chino-japonesa, que vendría a perturbar la paz y la estabilidad política indispensables para mandar al mismo tiempo fondos y productos. Y esta misma razón explica por qué el Japón quiere en Manchuria un rey y no un general, que otros generales pueden combatir y derribar, para ser a su vez atacados indefinidamente.

La misma China, comprendiendo que para no ser nuevamente esclavizada es preciso repartir los deudores y establecer competencia entre ellos, compra a todos, con prudencia. He aquí dos datos interesantes al respecto:

"Además de los pedidos que ha hecho en el mes de [illegible]

tubre 1931, y que se elevan a 200.000 libras esterlinas, el ministerio de los ferrocarriles chinos tiene la intención de pedir dentro de poco por valor de 700.000 libras de material de ferrocarriles a Inglaterra."

"A pesar de la crisis general de los negocios, las exportaciones americanas en China indican un aumento considerable en los meses de junio, julio y agosto. Según las estadísticas del ministerio de Comercio, se han elevado a 23 millones de dólares contra 18 millones en el período de 1930."

Si lo añadimos a lo señalado sobre los capitales comprometidos por cada nación, colegiremos toda la importancia de la pugna política de las conferencias de Ginebra y de París. No es el conflicto estallado en Extremo Oriente un ataque concertado contra la Rusia de los Soviets. Otras cosas tienen de qué ocuparse, más inmediatas y más apremiantes, esas naciones árbitros de nuestro destino, pero que son, cada vez menos, árbitros de su destino propio.

ante la crisis alemana

Las contradicciones del capitalismo son el vehículo de su propia destrucción.

Alemania es un caso típico. Esta nación ha hecho esfuerzos sobrehumanos por elevar su rendimiento productor consiguiéndolo a fuerza de su potente perfeccionamiento técnico y de su interés por sobrepasar una economía en ruinas y con grandes deudas de guerra. Sus dirigentes han puesto en movimiento todos los grandes resortes científicos para obtener un rendimiento óptimo; han superado una inflación monetaria que alcanzaba cifras astronómicas; una crisis social de honda raigambre que dió al traste con toda la clase media.

Con todos los obstáculos ha conseguido estabilizar las

tante su moneda y llevar a efecto un magnífico ensayo de racionalización industrial, que ha logrado, en su balance comercial, reducir su déficit de exportación a 47 millones de marcos en 1930, los que eran 1285 millones en 1929.

A pesar de todo esto ha sufrido recientemente un golpe mortal, del que se rehará con grandes dificultades. Se ha notado una agravación considerable en su Deuda pública, un déficit enorme en su presupuesto de Estado, cuatro millones y medio de hombres en paro forzoso y casi dos millones de parados parciales.

Lo que momentáneamente ha influído en esta débâcle ha sido la retirada de los capitales extranjeros a corto plazo y la huida de los capitales alemanes.

Las quiebras de muchos bancos se sucedían con rapidez vertiginosa, muchos comerciantes, faltos de valor para enfrentarse con la dura realidad, se suicidaban. A consecuencia de la quiebra de la **Credit Anstalt**, la Gran Banca vienesa y la Banca Nacional de Austria elevó de cinco a seis por ciento el tipo oficial de descuento. Poco después la **Reichsbank** lo elevaba también de cinco a siete por ciento, con el fin de evitar la huida de los capitales extranjeros invertidos a plazo corto.

Todo esto lo vió la Banca Americana que estaba muy interesada en la marcha de la economía alemana, y plasmó sus deseos en las proposiciones de su presidente Mr. Hoover.

¿Qué es lo que les preocupa a los americanos? ¿La salvación de Alemania? No. Lo que temían es que se anularan las deudas de guerra y reparaciones y que se perdieran los quinientos millones de libras esterlinas que el capital americano tenía desembolsado en Alemania.

La solidaridad y la ayuda económica entre burgueses sólo tiene lugar cuando es motivo de nuevo lucro por el interés que percibe por la nueva inversión de dinero, o bien cuando se trata de vencer al obrero en lucha abierta con sus enemigos.

Hoover propuso el aplazamiento de todos los pagos

título de deudas y de reparaciones. Por esta medida se sacrificaban Inglaterra e Italia en algunos millones y Francia renunciaba a la entrada de 1.500 millones en su presupuesto. Como esta medida perjudicaba enormemente a esta última nación, de ahí que el Gobierno francés se resistiera tenazmente a ella.

Pero es que aun por encima de todas estas razones económicas hay una primordial, que es el miedo a Rusia y a los proyectos de los nacionales de Hitler. Temen, fundadamente, que una quiebra de esta naturaleza favorezca a uno de los dos enemigos que se disputan la presa.

En una palabra: Todas las intenciones de Hoover y de los que intervienen en este asunto van encaminadas a la conservación a todo trance del orden capitalista.

Si se observa imparcialmente la situación económica de Alemania se ve que ésta no puede pagar más que con el dinero que se le preste.

De un estudio de Delesalle tomamos los siguientes datos:

	1926	1927	1928	1929
Empréstitos	(En millones de marcos)			
A largo plazo	1.376	1.210	1.268	176
A corto plazo	147	1.779	1.335	1.152

Los empréstitos a plazo corto han aumentado en importancia con respecto a los otros, con todas las consecuencias de inestabilidad financiera que esto acarrea.

La composición del saldo pasivo de la balanza de pagos también se ha modificado enormemente.

Véase los porcentajes siguientes:

Saldo pasivo para:	1926	1927	1928	1929
Comercio	—	60'5	33'4	1'4
Reparaciones	87'3	32'4	51'9	73'1
Intereses	12'7	7'1	14'7	25'5
	100'0	100'0	100'0	100'0

Tendría que ser el activo de su balanza comercial lo suficientemente grande para cubrir los pagos y las reparaciones, como también los intereses de los empréstitos, pero esto es poco menos que imposible y nuevamente tendrá que recurrir al empréstito con todos sus inconvenientes.

No son expertos lo que necesita el levantamiento de la economía mundial, sino una nueva forma de dirigir la economía. Difícilmente podrá el proletariado alemán conseguir ventajas mientras perdure este absurdo sistema de producción. Únicamente se evitaría si adviniera la clase obrera al poder y pusiera en práctica su racional sistema de organización económica.

El capitalismo se defenderá adoptando un sistema de superimperialismo, una especie de socialización capitalista de la economía, que no es otra cosa que una amplia dictadura financiera abarcando y racionalizando la producción, imponiendo los mercados y sujetando a los trabajadores por el hambre y por la fuerza coercitiva del Estado al servicio de la clase dominante. Sin embargo, a mayor racionalización y perfeccionamiento técnico mayor será el número de desocupados. Estos, que ya alcanzan una cifra enorme, serán los que al fin empujarán el mundo hacia nuevas normas sociales.

Y vendrán a realizarse las predilecciones de Marx cuando decía que el Socialismo vendrá no por los deseos de algunos intelectuales humanitarios, ni aun casi por la fuerza absoluta de las organizaciones obreras, sino por una especie de fatalismo económico que lleva en sí la forma de producción capitalista.

Esto, más que otra cosa, es lo que hará que Europa se convierta en una unión de Repúblicas libremente asociadas en el trabajo y todas juntas contribuyendo a la reorganización de esta quiebra inminente del mundo capitalista.

Todavía el doctor alemán von Schacht da a entender a través de las páginas de su último libro sobre "La fin des réparations", que aún cabe el intento de formación de un formidable trust mundial, reuniendo todo el capital posible y los créditos necesarios para una empresa de "équipement" de los países atrasados con el objeto de colonizar los países disponibles (Europa oriental, Asia, Africa y América del Sur.)

Lo cual vendría a ser un a modo de nuevo reparto del mundo con fines de nueva explotación, en donde cada país obtendría la parte que le correspondiera a su potencia productora y a su población.

O esto—asegura el doctor Schacht—, es decir, el sistema actual, que asigne a cada individuo la responsabilidad de su bienestar personal y del bienestar común y sobrepase la crisis, o bien caer en una experiencia de colectivismo o de bolchevismo.

En efecto, así lo creo yo. O un esfuerzo desesperado de la plutocracia para mantener como sea sus privilegios, o ir derecho a la formación de los Estados Unidos socialistas de Europa.

Lo primero tendrá una existencia efímera en la Historia; lo segundo se impondrá en plazo no lejano.

Es necesario que el nuevo molde que ha de recibir esta herencia esté pronto apto y bien dispuesto para continuar la marcha del mundo sin grandes trastornos ni notables titubeos. Porque no solamente se va a continuar la Historia, sino a transformarla, es decir, a empezar la verdadera Historia. De la necesidad a la libertad.

Alemania, más que Rusia, va a ser la experiencia.

Pronto veremos cómo se orienta la nueva economía.

marín civera.

el plan quinquenal

Por Arturo Labriola.

El plan quinquenal de la Unión Soviética es un conjunto de medidas económicas, administrativas, y técnicas destinadas a desarrollar en un período de cinco años todas las fuerzas productoras, industriales, agrícolas y personales de la economía soviética, en las proporciones más vastas posibles y sobre la base de los principios del socialismo y de la dominación de la clase obrera y los trabajadores en general. —El plan, según discurso reciente de Stalin, demostrará sin disputa la superioridad del socialismo como forma económica.

Se presenta en seguida una cuestión que nos obligaría a un largo desvío. Pero está necesario saber qué sentido dan los comunistas rusos a la palabra socialismo. Pollock nos informa que los comunistas rusos en su plan quinquenal siguen la fórmula expuesta por Engels en el Anti-Duhring que fué una suerte de obra común con Marx. En esta obra encontramos el socialismo definido como una sociedad sin clases, en la cual, el sistema de producción es regido por un plan social que debe tomar en cuenta las necesidades de la colectividad y las de cada individuo... Engels entendía por clase todo grupo social que tiene funciones y competencias particulares. Su abolición de las clases implicaba la abolición de toda función de dominación y soberanía de un grupo humano sobre otro grupo humano y es ésta una noción que no se concilia con el hecho de la dictadura que, aún cuando sea dictadura del proletariado, está siempre fundada en una distinción de dictador y de súbditos. Pero los comunistas rusos han tratado la cuestión reduciendo el plan de la abolición de las clases a la abolición de la clase burguesa, es decir de los capitalistas de ahorro y empresa, los grandes y pequeños propietarios de la tierra y los comerciantes privados, salvo en casos de excepción en que

son temporalmente tolerables. El socialismo ruso declara abolidas las clases burguesas, pero no las clases en general de tal suerte que, por el momento reconoce varias: los labradores independientes, los obreros de la industria urbana, declarados clase dominante, los burócratas, los comunistas y la jerarquía superior del partido. Pero también hay que recordar a los comerciantes tolerados y a los capitalistas extranjeros concesionarios, lo que por el momento no nos ocupa.

El plan quinquenal se propone precisamente organizar una economía socialista en que las clases capitalistas ya definidas no tendrán papel, en que el mercado en tanto que conjunto de relaciones personales para disponer de los productos, habrá desaparecido y con él la amenaza de la crisis. Las relaciones económicas internas probablemente serán establecidas por virtud de encuestas e investigaciones sobre el monto de las necesidades, sobre la cantidad de los recursos disponibles; sobre las fuerzas de que dispone la industria y así cada individuo, sabrá de antemano la cantidad de bienes a que tiene derecho en su calidad de productor. Problema imposible de resolver, exclamaba en otra época, con su pompa y arrogancia habituales, la Ciencia Económica. Cuestión de la que no voy a ocuparme en este artículo. Me limito a extractar una cita del Profesor Lyon, un adversario de los comunistas rusos, aparecida en el Anuario Político Francés y Extranjero, la cual dice: Más de diez años después de la expropiación de los talleres y fábricas, la expulsión de los patronos, la abolición del capital privado, la institución de una dictadura obrera... la industria soviética subsiste y en la mayor parte de sus dominios sobrepasa los niveles de la preguerra... resultado que no es necesario exaltar pero que sería absurdo desconocer... **un sistema generalizado de industria de Estado bajo una dictadura obrera. es viable, he aquí un hecho adquirido y que no dejará de tener consecuencias sobre el porvenir.**

En principio nada hay más sencillo que la organización industrial de un país. No es pues injustificado si la Unión [illegible] los economistas [illegible] olvidan el haber [illegible] como una causa de la actual crisis de sobreproducción, a la industrialización apresurada de los nuevos estados surgidos de la guerra: Estonia, Finlandia, Checoeslovaquia, Rumania y aun la misma Albania. Esto significa que es posible industrializar un país en una decena de años y que, por lo mismo, una industrialización forzada requerida, de gran alcance y preparada por grandes medios, es cosa relativamente fácil de realizar, aun en un período más corto. Y que por consiguiente la tentativa de la Unión Soviética no tiene en sí misma nada de absurdo ni de imposible. Además, los economistas cuentan con una gran experiencia histórica de industrialización practicada generalmente en cierta época de la historia, el mercantilismo de la segunda mitad del siglo diecisiete al dieciocho. El profesor Hewins en su Diccionario de Palgrave define el objeto de aquella política como la creación de un Estado industrial y comercial en el que, a causa de reglamentos y restricciones impuestas por la autoridad soberana, los intereses privados o seccionales se veían obligados a colaborar en el desarrollo de la fuerza y de la independencia nacional. Y agrega que hay mucha semejanza entre el sistema mercantilista de entonces y el moderno socialismo de Estado. Ahora bien, ¿por qué lo que salió bien bajo las monarquías despóticas del siglo diecisiete, no había de resultar, ahora en un Estado obrero, gobernado por una dictadura y dueño de todos los recursos del país? Recordemos sin embargo que tenemos el precedente histórico de otro plan quinquenal no menos bien conocido, el de Colbert entre 1664 y 1669 ejecutado casi en las mismas condiciones que el plan soviético, es decir, acompañado del monopolio del comercio extranjero y por controles severos de parte de la autoridad central [illegible] sin hablar del aumento contemporáneo de los [illegible] res del país. Puede leerse en la obra de Voltaire sobre el siglo de Luis Catorce lo que fué esta [illegible] experiencia de la cual después ha sido moda hablar con [illegible]

LA CRISIS INDUSTRIAL

Alemania, produce solamente el cinco por ciento del consumo del petróleo. De sus minas de carbón, podría extraer el total que necesita su mercado interno; pero, no lo hace, porque las firmas que están capacitadas para ello, forman parte del cartel del petróleo, que ha tendido sus tentáculos en todo el Universo.

La coordinación de grandes empresas; el amalgamiento de poderosas firmas para defenderse de la bancarrota total, va tomando proporciones gigantescas y métodos inesperados. Los reyes del acero, la "Bethlehem Steel Corporation" y la "Youngstown Sheet and Tube", en su afán de absorción han llegado a una guerra industrial, que ha terminado en los tribunales. Seguramente, ha impedido la fusión la "United States Steel" con sus mil millones de dólares, que en la fusión, veía aparecer un nuevo y poderoso enemigo.

III

Las ampolletas eléctricas, penetraban a Rusia, por millones en tiempos del Zar. La revolución económica soviética, creó esta industria, satisfizo su mercado interno y ahora Rusia fabrica 66.000.000 de lámparas eléctricas (año de 1931) y una cantidad tal de ampolletas, que la Europa, a pesar de sus aduanas, ha debido recibir en cantidades asombrosas. John Sinclair dice: "¿Extrañaría ahora al lector que en las tiendas de Londres se vendan lámparas con el sello fabricado en Rusia?"

III

Rusia tenía grandes compras de artículos mecánicos en Austria y canceló todos sus compromisos, porque Austria no ha permitido que los huevos rusos saturen sus mercados. Canadá cerró también los suyos a los productos rusos. Rusia Soviética, ha batido a Canadá en el mundo, enbote-

llando su mercado de trigo. La guerra no puede ser más visible. Hasta ahora, nada ha podido el mundo contra el País gobernado por los proletarios.

|||

Veracruz, será siempre un centro revolucionario de Méjico. El cartel petrolero americano, tiene interés de apoderarse de los pozos de Tampico y un sistema es, que ha puesto en práctica por centécima vez el Japón en Manchuria, ocupar militarmente la parte del país que se desea absorver. La región petrolera de Tampico, será mañana un centro de grandes acontecimientos revolucionarios, movidos por el dólar de Wall Street.

|||

Las ciudades están organizando sus fuerzas, deseando combatir el mercantilismo, para que la producción se vaya efectuando por medio de coordinaciones científicas. Esta campaña sin orden, sin plan, no cambiará el sistema actual de la propiedad privada; pero, sus esfuerzos, son enseñanzas efectivas, de que el socialismo es una realidad económica. En San Martín, provincia de Buenos Aires, el kilovatio de fuerza eléctrica vale $ 0.23 (argentinos). Para combatir este exeso, la ciudad formó una cooperativa por acciones, las que fueron cubiertas en su totalidad. El precio de la luz será en el futuro de $ 0.10.

|||

Alemania y Estados Unidos, las más afectadas por la crisis económica, siguen disminuyendo el número de horas de trabajo, para aumentar automáticamente el número de trabajadores en sus fábricas. La General Electric en Magdeburgo, suspende el trabajo en la quinta semana y en esta

forma, entra un nuevo equipo, una nueva quinta parte de trabajadores, sin que afecte el sistema a la economía de la Fábrica.

III

El redactor político de "Sunday Chroniche", dice, que la comisión encargada de estudiar la situación de la Caja de Seguro, ha decidido suspender los beneficios a "los obreros que trabajan tiempos reducidos" y como toda Inglaterra trabaja tiempos reducidos, tenemos que la Caja, burla así los principios sociales para que ha sido creada Las Cajas, no son otra cosa, que estructuras que viven y mueren al ritmo de los sistemas económicos Subsisten con éxito en las inflaciones mercantiles y se desangran, no prestando ningún servicio, en los períodos de las desinflaciones. Las famosas Cajas alemanas, que han servido de moldes para las Cajas de Previsión del mundo, hacen agua por todos los orificios.

g. g.

CALIDOSCOPIO MUNDIAL

8.000 comunistas pretendieron asaltar la Cámara de Diputados francesa, no obstante la creencia de la policía de que el frío desalentaría a los manifestantes. EL HAMBRE PUEDE MAS QUE EL FRIO.

III

La Junta Nacional del Café del Brasil ordenó la destrucción de 3 millones de sacos de café. Un saco de café basta para el consumo de un hombre durante 2 años

III

Uruguay acordó la suspensión del pago de las amortizaciones de la deuda externa. Luego lo seguirán otros...

España se debate en las medias aguas del socialismo burgués. Día a día se intensifica la lucha sindicalista-gobiernista. Los comunistas y anarquistas catalanes estuvieron a punto... Continúan los movimientos huelguistas.

El termómetro del malestar social sube con la misma insistencia. Se registran huelgas en Polonia (la Asociación de Propietarios mineros vió desinflarse su bolsa en unos dos millones de libras esterlinas, por la quiebra del padrón británico; muy justo que se resarcieran bajando los jornales de sus máquinas-humanas...); en España; en Harlan (Kentucky); en Gales, etc.

Los patriotas terratenientes (todos los terratenientes del mundo son igualmente patriota), salvadoreños, amagados en sus derechos inmutables solicitaron el cañoneo de su tierra por los cruceros y destroyers yankis y británicos. La labor fué fielmente cumplida—unos cientos de "indios codiciosos" fueron aventados, y una revolución comunista fué sofocada.

Los personeros de Guggenhein: Whelpley y Meyer, continúan en sus cubileteos banquistas, para desemmarañar la aflictiva situación de su industria salitrera; el caso urge pues, la indiada chilena se ha apretado ya demasiado el estómago.

Peter Stuchka, ex-Presidente de la Corte Suprema Sovietica murió el 26 de Enero en Moscú.

URSS. se dedica á su labor constructiva; no quiere guerras a dicho objeto ha celebrado pactos artibélicos con Finlandia, Francia, etc. Japón no aceptó el que se le propuso a lo cual Litvinoff, demasiado franco, repuso: "si Japón rechaza la proposición de los Soviets, solo fortalecerá la convicción de que persigue fines condenables. ." Ya lo sabemos...

BIBLIOTECA NACIONAL · SECCION CHILENA · CHILE

PROXIMO CUADERNO

"100 Años de Dictadura Capitalista"

POR

LUCIEN LAURAT

Laurat, el autor de "La Acumulación de Capital de Rosa de Luxemburgo", con un entendimiento completo de las nuevas doctrinas económicas penetra ahora, en todo el proceso de la dictadura capitalista, que durante 100 años ha destrozado implacablemente a los proletarios. Sigue el ritmo desde su génesis hasta la hora actual, que es de colapso, de revolución económica, de destrucción de un régimen anacrónico, cuyo proceso ha sido determinado por Marx.

Laurat, en sus 100 años de Dictadura Capitalista, nos hace visitar el rápido correr del capitalismo, sus dificultades, sus triunfos y luego nos deja al final del camino, al final de los 100 años, con el trágico interrogante que estamos viviendo...

Editorial "Documentos"

Suscríbase a los

"cuadernos de la economía mundial"

Teléfono 89579 - Casilla 3585

SUSCRIPCIONES

Santiago, 10 números	....	$	5.—
Provincias, 20	,, ...	$	14.—
Extranjero, 20	,, ...	dls.	2.—

Imp. M. Ferrario, Moneda 1314